

Andreu Martín y Jaume Ribera



**LOS GEMELOS  
CONGELADOS**

*Una aventura de Flanagan*

ANAYA

1.ª edición: enero 2015

© Del texto: Andreu Martín y Jaume Ribera, 2015  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2015  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta: Pep Carrió

ISBN: 978-84-678-7115-9  
Depósito legal: M-32335-2014  
Impreso en España - Printed in Spain

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

**Andreu Martín y Jaume Ribera**

# LOS GEMELOS CONGELADOS

*Una aventura de **Flanagan***

ANAYA

# **Capítulo uno**

# 1

En la soledad y la penumbra del sótano del bar de mi padre, en aquel rincón que desde hacía años utilizaba como despacho, encendí el ordenador y, en Google, escribí «gemelos congelados».

Me salieron unos 246 000 resultados, casi todos referidos a señoras que, después de recurrir a óvulos congelados para quedar embarazadas, habían sido madres de gemelos. En una página, una madre explicaba que, cuando llegaron a casa después de esquiar, sus hijos gemelos estaban congelados, pero entendí que se trataba de una hipérbole para dar a entender que habían pasado mucho frío. En otra página, un alpinista describía cómo se le habían congelado los gemelos mientras escalaba el Aconcagua, pero evidentemente se refería a los músculos de las piernas.

Los primeros indicios de lo que estaba buscando aparecieron en páginas de contenido esotérico, en medio de fenómenos paranormales y teorías conspirativas, entre fotos auténticas del Yeti, la muerte de Paul McCartney en 1966 y su sustitución por un impostor, la biografía del Bigfoot, los vampiros que viven entre nosotros, las combustiones humanas espontáneas y los viajes astrales a Ganimedes. Normalmente, eran re-

ferencias sarcásticas y desdeñosas: «Este caso es auténtico, no como el de los gemelos congelados», «De momento, parecía un caso como el de los gemelos congelados, pero luego se comprobó que todo había sucedido realmente», «¡No me vengas con gemelos congelados!».

Todo muy descorazonador.

Por fin, encontré a alguien que hablaba del «misterioso caso de los gemelos congelados» con respeto. En realidad, sólo uno, el único. El referente. Cliqué encima y accedí a la web denominada «La llamada de lo desconocido», firmada por el profesor Emili Porqueres.

Aquello era exactamente lo que buscaba.

El misterioso caso de los gemelos congelados.

Allí lo tenía, frente a mí.

El misterio que había de salvarme la vida.

La última entrada de la página web era de hacía aproximadamente siete años. Desde entonces, no se había añadido nada. Siete años son muchos años.

De entrada, una ilustración como de cómic que representaba un paisaje nevado. La cima de una colina, los escombros renegridos de una ermita, dos abetos y dos robles, nieve virgen de nevada récord, cielo cubierto por nubes negras a través de las cuales se abría paso un rayo de sol que caía, como el foco cenital de un escenario, sobre dos niños vestidos como pastorcillos de teatro y abrazados bajo uno de los robles.

Eran de unos cuatro años de edad, niño y niña, y al dibujante le habían salido un poco cabezones. Los dos rubios amarillo limón, la piel tan blanca como la nieve que los rodeaba, los ojos cerrados, al niño le colgaba de la nariz lo que parecía un moco y quería ser una pequeña estalactita de hielo.

El texto anunciaba que siete años atrás, en el pueblo de Valldenás, en la Cerdaña, una mujer llamada Modesta Altarriba había encontrado en medio del bosque a dos gemelos de identidad desconocida muertos, congelados. Y los niños, luego, habían desaparecido sin dejar rastro.

Había una película de los hechos. Un enlace que me llevó a YouTube.

Cliqué para verla.

Música de película de miedo, con tambores de fondo y saxos gruñones, con un contrabajo amenazante e insistente y una serie de imágenes que se superponían e iban y venían. Signos del zodiaco, figuras espectrales, un grabado a la manera de Doré, que representaba el monstruo del lago Ness asomando fuera del agua su cabeza y su cuello largo como un espagueti, una momia egipcia, el Saturno de Goya comiéndose a sus hijos...

Los rótulos, llegando desde el fondo, como saltando a la cara del espectador:

MISTERIOS INSONDABLES.  
UN DESAFÍO A LA RAZÓN HUMANA.  
ESTO ES...  
¡LA CUARTA DIMENSIÓN!  
¡CON LA PRESENCIA DE CRONOS MORGAN!

Y aparecía el esperpéntico Cronos Morgan, que se había hecho famoso cuando yo era pequeño con aquel programa donde tan pronto salían brujas en activo como personas que habían sido abducidas por un ovni como friquis que se decían capaces de curar el cáncer con sólo mirar fijamente a los ojos del enfermo. Un hombre de cabellos largos y erizados y

barba que le tapaba la corbata, una especie de Luciano Pavarotti antes de la dieta, que hablaba con acento sudamericano, prolongando las enes y doblando las eses.

—*Despuéss de inntennssass innvestigassionness, ¡hoy vamooss a pressenntarless el apassionannte casso de loss gemeloss conngeladoss...!*

Os ahorraré los detalles del programa porque ya os podéis imaginar de qué iba. No me podía creer que yo estuviera en el sótano del bar de mis padres mirando aquella porquería y tratando de entender algo.

En las «remotas tierras de la Cerdaña», decían como si estuvieran hablando de las selvas de Malasia, los equipos de investigación habían localizado el avistamiento de dos seres fantasmales.

Un hombre muy viejo, campesino de más de noventa años, farfullaba ante la cámara en catalán subtítulo en castellano:

—Sí, recuerdo que decían que, en 1945, desaparecieron del pueblo dos hermanos gemelos, los de Can Fumaire, primos míos, un niño y una niña, que no eran primos míos, eran hijos de un primo, o sea que eran como primos segundos o algo así, que dice que un día salieron con las vacas y ya no volvieron más, que unos decían que se los habían llevado los maquis anarquistas y otros que los habían matado los nazis que pasaban la frontera a la España de Franco. Rubios dice que eran, sí, rubitos como querubines...

Y, de pronto, el 20 de diciembre de hacía siete años, la señora Modesta Altarriba había encontrado a los dos gemelos, rubitos, congelados al pie de un árbol, abrazaditos el uno al otro. Muertos.

La policía de Puigcerdá los estuvo buscando durante tres días. Helicópteros y perros por la nieve, declaraciones de un

sargento de Mossos d'Esquadra... Fue entonces cuando la noticia saltó a los periódicos, nada, cuatro rayas en un rincón de la sección de sociedad: «La policía busca intensamente a los dos gemelos de la Cerdaña».

El grueso del programa se lo llevaba la señora Modesta Altarriba, la mujer que había visto a los gemelos congelados una mañana en que había salido a pasear. Delgada y menuda, de piel muy blanca que contrastaba con un cabello demasiado negro para su edad, tal vez teñido, peinado con un flequillo impropio de su condición de mujer madura. Huesos pequeños, sensación de fragilidad extrema acentuada por la mirada intensa de unos ojos muy grandes y muy oscuros.

La recordé. Un fragmento de aquella entrevista había salido unas cuantas veces en un programa de humor donde acumulaban meteduras de pata aparecidas en la tele.

—*¿Y qué le dijeron los niños cuando se le aparecieron?*  
—preguntaba Cronos Morgan.

—No me dijeron nada porque estaban muertos —respondió la señora Altarriba.

—*¿Pero qué clase de mensaje le transmitieron?*

—No lo sé. Estaban muertos.

—*Pero siempre hay un mensaje subliminal. ¡Piense, piense!*

—Pues... No sé... Venían a decir que la muerte existe.

A pesar de los esfuerzos de Cronos Morgan en la tele, quedaba claro que la noticia se había ido desinflando durante aquellos tres días. El titular «¿Pero han existido alguna vez los gemelos congelados?» había sido el principio del fin. Siete años después, nadie hablaba ya de aquel asunto. Aparte del señor Biosca.

Me eché atrás en la silla, hipnotizado todavía por aquellas imágenes delirantes. Un misterio sin pies ni cabeza.

Pero era un misterio que tenía que resolver, de una forma u otra.

Porque me iba la vida en ello.

¿Cómo había llegado a esa situación?

## 2

Tendríamos que retroceder once días para volver al viernes, 13 de septiembre, viernes 13, que marcaría un antes y un después en mi casa.

El día en que, después de cenar, mi padre apagó la tele sin prolegómeno ni explicación algunos y empezó a desparramar por encima de la mesa papeles que sacaba de una carpeta.

—Tenemos que hablar.

—¿Qué pasa? —preguntó mi madre, alarmada por aquella expresión que anunciaba malas noticias.

Mi padre comenzó:

—Estamos arruinados —y por si el enunciado no era lo bastante catastrófico, añadió—: Nos van a embargar el bar y la casa.

Luego resultó que había exagerado un poco, pero —y este era el problema— sólo un poco, casi nada. La situación económica familiar era desastrosa. Entre avergonzado y desesperado, enarbolando facturas, extractos bancarios y contratos como un forense que mostrase al jurado los pedazos de un cadáver descuartizado, mi padre nos puso al corriente de una situación que ya hacía semanas que le impedía dormir y que nos había escondido, tanto a mi madre como a mi hermana Pili y a mí.

Hacía unos años, había pedido un crédito hipotecario para reformar el bar. Eso fue en aquella época en que los bancos, cuando recibían una solicitud de crédito, reaccionaban preguntando: «¿Le parece que bastará con la cantidad que nos pide? Una vez puestos, no se quede corto». Como si tuvieran montones y montones de billetes que ya no les cupieran en la caja fuerte y no les quedara otro remedio que regalarlos.

Le concedieron el crédito por una cantidad superior a la que comunicó a la familia —él llevaba las cuentas de casa— y se hicieron las reformas. En principio, no hubo problema alguno. La renovación del bar atrajo a más clientes, incluso montamos un negocio de comida a domicilio. Íbamos tan sobrados que invirtió el ahorro en un producto financiero que en el banco le recomendaron con entusiasmo. Así resultó que estábamos pagando una hipoteca y unos intereses por un dinero que, en realidad, ya estaba en poder del banco.

Entonces, llegó la crisis.

Como en todas partes, en nuestro barrio periférico de Barcelona, mucha gente se quedó sin trabajo, y muchos negocios bajaron la persiana. Casi nadie comía ya a la carta, y con frecuencia dos clientes que venían juntos pedían un solo menú del día para compartirlo. Si antes teníamos jubilados que se pasaban la tarde jugando a cartas y consumiendo un par de cafés, ahora más de uno, al preguntarle qué iban a tomar, contestaba cosas como: «¡Si anteayer ya me tomé una caña!».

Mi padre empezó a tener problemas para pagar las facturas. A la hora de la verdad, el producto financiero al que había apostado todos sus ahorros no valía nada y a la deuda del crédito —al que se sumaba otro crédito anterior para la compra de una furgoneta— se añadió la de exprimir el saldo de las tarjetas de crédito hasta que quedaron secas del todo y

tuvo que poner el pago a plazos. Había acumulado también deudas a proveedores, algunos de los cuales, según nos confesó aquella noche, se negaban a continuar sirviéndonos si no pagábamos lo que se les debía, y también tenía problemas para satisfacer los impuestos municipales.

Cuando mi padre dejó de hablar, mi madre estaba llorando y yo mismo tenía un nudo en la garganta provocado más por el hecho de verlo avergonzado y humillado de aquella manera que por el desastre que nos relataba. Él y mi madre habían trabajado toda la vida como animales persiguiendo algo que, al final, había resultado ser sólo un espejismo.

De repente, no obstante, mi padre animó la expresión del rostro y enderezó la espalda.

—A pesar de todo, saldremos adelante —dijo con cierto triunfalismo.

Otra carpeta llena de papeles; sumas, restas, multiplicaciones, divisiones, una serie de cálculos y garabatos que ríete tú de las operaciones necesarias para resolver el teorema de Fermat. Y una lista de medidas urgentes y drásticas centradas en la reducción del gasto y en el aumento de los ingresos, aunque fuera vendiendo la furgoneta y las cuatro joyas de mi madre.

—... Si todo va bien —concluyó mi padre después de una larga perorata—, si todo va bien, repito, al final de cada mes sólo nos faltarán entre setecientos y ochocientos euros para no ahogarnos.

—¿Y de donde los vamos a sacar? —pregunté.

—Te he encontrado trabajo.

¿Qué?

—¿Trabajo?

—En la gestoría de Marcelino.

—¿Qué clase de trabajo?

—Un trabajo —se impacientó temiendo algún asomo de resistencia por mi parte. Repitió—: En la gestoría de Marcelino. Un trabajo por el que vas a cobrar novecientos euros al mes.

—¡Pero si me he preinscrito en la universidad, en criminología!

—Tendrás que dejarlo para el año que viene, o para cuando las cosas se arreglen. El horario en lo de Marcelino es de nueve a una y de tres a siete de la tarde. Novecientos euros.

Cuando mi padre fue a pedir ayuda a Marcelino, un amigo suyo del barrio de toda la vida, este pensó que la mejor manera de ayudarle podía ser contratándome a mí. Necesitaban a una persona en la gestoría a partir del uno de octubre. Marcelino me conocía y me consideraba adecuado para el puesto de trabajo. Según me dijo mi padre, empezaría de chico para todo, haciendo recados, yendo a buscar cafés al bar de abajo y ayudando en tareas administrativas. Así «iría aprendiendo el oficio».

—... Con el tiempo puedes ir ascendiendo dentro de la empresa.

—¿Cómo que con el tiempo? ¿De cuánto tiempo estamos hablando? ¡Has dicho que sólo estaría un año!

Las miradas de toda la familia me fusilaban. Mi padre, mi madre, Pili. ¿Iba a ser tan egoísta como para atender únicamente a mi propio interés?

—Juanito —dijo mi padre—. Encontrar un trabajo en los tiempos que corren es un milagro. ¿Lo entiendes? ¡Un milagro! Y necesitamos ese dinero, los necesitamos desesperadamente, si no queremos perderlo todo.

¿Y qué iba a hacer yo, qué iba a decir? Me había pasado la niñez y la adolescencia escabulléndome del trabajo del bar con

tanta habilidad como el mago Houdini se libraba de cadenas y de baúles cerrados con llave. Y el cuerpo me pedía zafarme también de la horrorosa perspectiva de papelorios, impresos, declaraciones de renta, facturas y cotizaciones a la seguridad social que no me interesaban lo más mínimo. De buena gana me habría levantado de la silla y habría salido corriendo. Pero estaba atrapado. No podía hacerle aquello a mi familia. Ya no era un niño.

Cuando eres pequeño, te quieres hacer mayor para tener más libertad y, a la hora de la verdad, te encuentras atado por responsabilidades mucho más numerosas y poderosas.

El uno de octubre, fecha de mi incorporación al trabajo de la gestoría, quedó marcado en negro en el calendario de mi vida.

Sólo faltaban diecisiete días.

Además, no tenía nadie en quien apoyarme. Nines, ya sabéis, mi novieta, había vuelto a Baltimore para estudiar, y tenía que estar allí todo el curso. Ahora sólo nos comunicábamos a través de WhatsApp, chats, Skype, correos...

Avergonzado, abrumado por el aforismo que dice que «ser pobre no es que sea una lástima; es que es ridículo», acabé haciéndole a Nines un resumen muy inexacto de la situación: le dije que mis notas no superaban las de corte para matricularme en criminología, que tendría que esperar al curso siguiente y que lo aprovecharía para trabajar mientras me preparaba mejor. Podía haberle dicho la verdad, claro, pero posiblemente ella me habría ofrecido ayuda económica y habría sido muy engorroso. Después de todo, su familia era rica, y para los ricos la crisis sólo significaba que ganaban ochenta en lugar de ganar cien. O a lo mejor que ganaban ciento veinte en lugar de cien.

No podía hacerlo. No me salía de dentro. No pasaría la vergüenza de un pedigüeño miserable. No tenía otra salida que la gestoría.

Pero me sentía chof, sin expectativas, con mi novia al otro lado del Atlántico y el día uno de octubre cada vez más cerca.